

Introducción

Cualquiera que esté buscando una buena máquina herramienta de segunda mano debe hablar con Noel Dempsey, distribuidor en Richmond, Virginia. El desbordante almacén de Noel está lleno de tornos metálicos, molinos y sierras de mesa, y resulta que una gran parte estuvo en algún momento en una escuela. EBay está inundada de este tipo de aparatos, también procedentes de escuelas. La mayor parte de estas cosas llevan unos quince años dando vueltas por el mercado de segunda mano; fue en la década de 1990 cuando las clases de formación profesional empezaron a convertirse en cosa del pasado, cuando los educadores empezaron a preparar a los alumnos para convertirlos en «trabajadores [en el área] del conocimiento».

La desaparición de las herramientas de nuestra educación común es el primer paso hacia una ignorancia más amplia del mundo de los artefactos en el que habitamos. De hecho, en los últimos años ha aparecido una actitud «ingenieril» que tiene como objeto «ocultar el funcionamiento» de las cosas, haciendo que muchos de los artilugios de los que dependemos en nuestra vida cotidiana, sean ininteligibles a la inspección directa. Levanta el capó de algunos coches (en especial los alemanes), y el motor se parece un poco al obelisco liso y brillante que tanto llamaba la atención de los protohumanos en la primera escena de la película *2001: Una odisea en el espacio*. En esencia, es un capó bajo el capó. Esta ocultación furtiva adopta varias formas. Los cierres que ahora sujetan los pequeños electrodomésticos suelen requerir destornilladores eso-

téricos de los que no se dispone habitualmente, al parecer para impedir que los curiosos o los furiosos indaguen en las tripas del aparato. Como contraste, los lectores de más edad recordarán que, hasta décadas recientes, los catálogos de Sears incluían diagramas ampliados de las piezas y esquemas conceptuales de todos los electrodomésticos y de muchos otros productos mecánicos. Se daba por supuesto que el cliente exigiría esa clase de información.

Una disminución en el uso de herramientas parecería indicar un cambio en nuestra relación con nuestras propias cosas: una actitud más pasiva y más dependiente. Y realmente, hay menos ocasiones para aplicar la clase de energía que se requiere cuando nos ocupamos de las cosas con nuestras propias manos, sea para repararlas o para hacerlas. Lo que antes hacían las personas corrientes, ahora lo compran, y lo que reparaban ellas mismos, ahora lo sustituyen por completo o contratan a un experto para que lo arregle, y ese arreglo profesional entraña, con frecuencia, cambiar todo un sistema porque ha fallado algún componente diminuto.

En este libro me gustaría defender un ideal intemporal, pero que apenas encuentra acomodo hoy: la competencia manual y la actitud que entraña hacia el mundo material, hacia el mundo construido. Ni como trabajadores ni como consumidores se nos suele pedir, en cualquier caso no a la mayoría, que ejerzamos esa competencia, y el simple hecho de recomendar que la cultivemos es arriesgarse a provocar las burlas de los que se consideran las personas más prácticas: los economistas prácticos señalarán los «costes de oportunidad» que implica gastar tiempo haciendo lo que se puede comprar, y los educadores prácticos dirán que es irresponsable educar a los jóvenes para los oficios manuales, que se identifican, de alguna manera, con trabajos del pasado. Pero podríamos detenernos a considerar, con precisión, si son realistas estos

Introducción

supuestos, o si, por el contrario, surgen de una peculiar especie de idealismo, que insiste en dirigir a los jóvenes hacia los trabajos más fantasmagóricos.

Alrededor de 1985 empezaron a aparecer artículos en publicaciones educacionales con títulos como *The Soaring Technology Revolution* [La galopante revolución tecnológica] y *Preparing Kids for High-Tech and the Global Future* [Cómo preparar a los chicos para la alta tecnología y el futuro global]. Por supuesto, no hay nada nuevo en el futurismo estadounidense. Lo nuevo es enlazar ese futurismo con lo que podríamos llamar «virtualismo»: una visión del futuro que, de alguna manera, hace que nos despedamos de la realidad material y nos deslicemos dentro de una pura economía de la información. Nuevo y, sin embargo, no tan nuevo; hace ya cincuenta años que nos aseguran que nos dirigimos hacia una «sociedad postindustrial». Aunque es cierto que los trabajos industriales han abandonado nuestro territorio en un grado inquietante, los oficios manuales no lo han hecho. Si necesitas construir una terraza o reparar el coche, los chinos no nos sirven de ayuda. Porque están en China. Y el hecho es que hay una escasez crónica de mano de obra, tanto en la construcción como en la reparación de automóviles. Sin embargo, hace ya mucho tiempo que, en la cabeza de los expertos, los oficios y la industria están agrupados bajo el título de «*blue collar*» (obrero de cuello azul o manual) y se entona su réquiem. Más recientemente, esta unanimidad ha empezado a dar señales de resquebrajarse; en 2006, *The Wall Street Journal* se preguntaba si «el trabajo (manual) especializado está convirtiéndose en uno de los pocos caminos seguros para ganarse bien la vida».

Este libro se interesa menos por la economía que por la *experiencia* de hacer y arreglar cosas. También quiero considerar qué está en juego cuando estas experiencias van desapareciendo de nuestra vida corriente. ¿Cómo afecta esto a las

perspectivas del pleno florecimiento humano? ¿El uso de herramientas responde a una exigencia permanente de nuestra naturaleza? Defender que renovemos el cultivo de la competencia manual me enfrenta a ciertas panaceas que rodean el trabajo y el consumo, así que este libro es, en parte, una polémica cultural. Tengo intención de aclarar los orígenes, y de ese modo, poner en duda esos supuestos que nos llevan a aceptar como inevitable, o incluso como deseable, nuestra creciente desconexión de lo manual.

Me referiré con frecuencia a mi propia experiencia laboral, la más reciente como mecánico de motocicletas. Cuando veo una moto a punto de dejar mi taller por sí misma, varios días después de llegar en la parte de atrás de una grúa, de repente no me siento cansado, aunque lleve todo el día de pie en un suelo de hormigón. A través del visor de su casco, me parece ver los inicios de una sonrisa en la cara de alguien que no ha montado en su moto desde hace un tiempo. Le hago un gesto de despedida. Con una mano en el acelerador y la otra en el embrague, sé que no me puede corresponder. Pero oigo su saludo en el exuberante «¡Bruuuum! Bum, bum» de un acelerador nuevo, innecesariamente acelerado. Es un sonido que me gusta, y sé que a él también. Es una conversación de ventrílocuos con una única voz mecánica, y su esencia es «¡Sí!».

El fajo de billetes que llevo en los pantalones me produce una sensación diferente que los cheques que me daban en mi anterior trabajo. Después de un doctorado en Filosofía Política por la Universidad de Chicago, conseguí un puesto como director ejecutivo de un «laboratorio de ideas» (*think tank*). Siempre estaba cansado y, sinceramente, no veía ninguna lógica en que me pagaran. ¿Qué bienes tangibles o qué servicios útiles le prestaba a nadie? Esa sensación de inutilidad era descorazonadora. La paga era buena, pero de verdad que me parecía una *compensación* y, al cabo de cinco meses, me marché

Introducción

para abrir el taller de motos. Tal vez es que yo no sirvo para el trabajo de despacho. Pero, en este sentido, dudo que haya nada inusual en mí. Ofrezco aquí mi propia historia no porque la crea extraordinaria, sino porque sospecho que es bastante común. Quiero hacer justicia a lo que intuyen muchas personas, sin recibir apenas reconocimiento público. Este libro nace de un intento de comprender la mayor competencia y capacidad de actuar que siempre he sentido cuando hago un trabajo manual, en comparación con otros trabajos reconocidos oficialmente como «trabajos del conocimiento». Quizá lo más sorprendente sea que, con frecuencia, encuentro que el trabajo manual es más atractivo *intelectualmente*. Este libro es un intento de comprender por qué es así.

He extraído la mayoría de ejemplos de los oficios de construcción y reparación mecánica, porque son los que me resultan más familiares (antes trabajaba como electricista), pero creo que los argumentos que ofrezco pueden iluminar también otras clases de trabajo. Da la casualidad de que la mayoría de los personajes que aparecen en el libro son hombres, pero estoy seguro de que las mujeres, igual que los hombres, reconocerán el atractivo de un trabajo tangible que sea claramente útil.

Permitidme decir unas palabras sobre lo que este libro *no* es. Quiero evitar la clase de misticismo que se asocia con la «artesanía» aun haciendo justicia a la satisfacción muy auténtica que ofrece. No voy a hablar de los forjadores de espadas japoneses ni nada por el estilo y, en general, prefiero usar el término «oficio» en lugar de «artesanía» para destacar la naturaleza prosaica de mi tema (aunque no observaré esta distinción rigurosamente). Comparado con cualquier artesano real, mis propias habilidades son execrables, así que no tengo base alguna para hablar de la espiritualidad más elevada que se supone que surge de una ensambladura perfectamente encajada, o de lo que sea. En tanto que fórmula de trabajo aproxi-

mada, podríamos decir que la artesanía, como ideal, proporciona los principios, pero que, en una economía de mercado como la nuestra, es el operario independiente quien ejemplifica un modo de vida económicamente viable, un modo de vida que es accesible para muchos y que proporciona muchas de las mismas satisfacciones que asociamos con la artesanía. Asimismo, tendemos a pensar que el artesano trabaja en su propio y cómodo taller, mientras que el operario tiene que salir y arrastrarse bajo las casas de la gente o encaramarse a un poste y hacer los trabajos molestos que nadie quiere. Así que quiero evitar las bonitas imágenes del trabajo manual con las que a veces trafican los intelectuales. También tengo un especial interés por las ideas nostálgicas de una vida «más sencilla» que, de alguna manera, sea más auténtica o más valiente democráticamente por el hecho de ser «de clase obrera». En realidad, quiero rehabilitar el honor de los oficios, en tanto que trabajos dignos de elegirse, pero hacerlo partiendo de mi propia experiencia, que creo que no está iluminada por ninguno de estos ideales culturalmente complejos. Casi ninguna de las personas con las que he trabajado como electricista o mecánico encajan en la imagen típica del «*blue collar*». Bastantes eran excéntricos, refugiados que huían de una vida que los limitaba. Algunos toman y dejan el trabajo, como yo mismo, según dictan las circunstancias.

Este libro propone un conjunto de argumentos en defensa de un trabajo que tenga sentido por ser auténticamente útil. También explora lo que podríamos llamar la ética del mantenimiento y la reparación y, al hacerlo, espero que apele a quienes no es probable que se dediquen a un oficio profesionalmente, pero que buscan un cierto grado de autonomía, de la clase que exige un compromiso intenso con nuestras cosas materiales. Ahora nos gusta que nuestros bienes no nos molesten. ¿Por qué algunos de los modelos actuales de Mercedes

Introducción

no tienen varilla medidora del aceite, por ejemplo? ¿Qué atractivo tiene que nos descarguen de involucrarnos en nuestras propias cosas? Esta pregunta básica sobre la cultura del consumo apunta a algunas cuestiones fundamentales sobre el trabajo, porque al hacerse menos molestos, nuestros aparatos también se han vuelto más complicados. Por ejemplo, ¿cómo han alterado la incesante complicación de coches y motos los puestos de trabajo de los que se ocupan de su mantenimiento? Con frecuencia, oímos hablar de la necesidad de una «puesta al día» de los conocimientos de la fuerza laboral, para mantenerse a la par de los cambios tecnológicos. Creo que el problema más pertinente es: ¿qué clase de personalidad hay que tener, como mecánico del siglo XXI, para tolerar las capas de tonterías electrónicas que se amontonan encima de las máquinas?

Lo que sigue es un intento de cartografiar los territorios traslapados que dan a entender las frases «trabajo que merece la pena» y «autosuficiencia». Ambos ideales están unidos al *esfuerzo por tener capacidad para actuar*, que creo que es el centro mismo de la vida moderna. Como trabajadores y como consumidores, sentimos que nos movemos por canales que unas fuerzas enormes e impersonales han proyectado desde muy lejos. Nos preocupa estar volviéndonos estúpidos, y empezamos a preguntarnos si conseguir un *control* adecuado del mundo, intelectualmente, depende de que dispongamos de un asidero sobre él en un sentido literal y activo.

Hay quien reacciona aprendiendo a cultivar sus propias hortalizas. Incluso se sabe de personas que crían gallinas en las azoteas de los bloques de pisos de Nueva York. Estos nuevos agricultores dicen que sienten una profunda satisfacción al recuperar una relación más directa con lo que comen. Otros empiezan a tejer punto y se enorgullecen de llevar prendas que se han hecho ellos mismos. De repente, la economía domésti-

ca de nuestras abuelas se ha vuelto de lo más chic y vanguardista; ¿por qué?

Cuando se avecinan tiempos económicos difíciles, queremos volvernos frugales. La frugalidad exige una cierta medida de autosuficiencia; la capacidad de ocuparnos de nuestras propias cosas. Pero el nuevo interés en la autonomía parece haber surgido antes de que apareciera el espectro de los tiempos difíciles. Puede que la frugalidad sea sólo una débil racionalización económica para un movimiento que, en realidad, responde a una necesidad más profunda. Queremos sentir que nuestro mundo es inteligible, para poder hacernos responsables de él. Esto parece exigir que nuestras cosas procedan de algún lugar más cercano a casa. Muchas personas están tratando de recuperar un campo de visión de una escala básicamente humana, y liberarse de la dependencia de las fuerzas oscuras de una economía global.

Me gustaría considerar la posibilidad de que este poderoso anhelo de responsabilidad que muchas personas experimentan en su vida doméstica sea (en parte) una respuesta a los cambios en el mundo del trabajo, donde se ha vuelto difícil vivir la experiencia de la capacidad individual. Con frecuencia, los que trabajan en unas oficinas sienten que, pese a la proliferación de mediciones artificiosas que tienen que cumplir, su trabajo carece de estándares objetivos de la clase que proporciona, por ejemplo, un nivel de carpintero, y que como resultado, hay algo arbitrario en la adjudicación de méritos y culpas. El auge del «trabajo en equipo» ha hecho que resulte difícil rastrear la responsabilidad individual, y ha abierto la puerta a modos de manipulación, nuevos y extraños, de los trabajadores por parte de los jefes, que ahora se presentan bajo el aspecto de terapeutas o *coaches* personales. Los propios directivos viven en un paisaje psíquico desconcertante y sufren de ansiedad debido a los vagos imperativos a que de-

Introducción

ben responder. El universitario se presenta a entrevistas para un puesto como trabajador del conocimiento, y descubre que el reclutador corporativo nunca le pregunta sobre sus notas ni sobre los temas en que se especializó. Percibe que lo que se le exige no son conocimientos, sino que proyecte un tipo dado de personalidad, una sumisión afable. ¿Es que todo el duro trabajo que ha hecho en los estudios era, de alguna manera, sólo para darse tono; su pasaporte para entrar en una meritocracia blindada? Parece haber un desajuste entre forma y contenido, y un sentimiento creciente de que la historia oficial que nos hemos estado contando sobre el trabajo es, de alguna manera, falsa.

Ha llegado el momento de hacer frente a este malestar, en lugar de desecharlo. Mientras escribo esto, el alcance de la crisis económica sigue siendo incierto, pero parece que es cada vez más profundo. Experimentamos una auténtica crisis de confianza en nuestras instituciones y profesiones más prestigiosas. Esto nos ofrece la oportunidad de reconsiderar algunos supuestos básicos. La cuestión de qué aspecto tiene un buen trabajo —qué tipo de trabajo es a la vez seguro y digno de ser respetado— está más abierta ahora de lo que lo ha estado en mucho tiempo. Wall Street, en particular, ha perdido su prestigio como destino para los jóvenes inteligentes y ambiciosos. Es posible que, de la actual confusión de ideales y frustración de las esperanzas profesionales, acabe por surgir el sosegado reconocimiento de que el trabajo productivo es el fundamento de toda prosperidad. De repente, el metatrabajo de traficar con los excedentes recogidos del trabajo de otros se presenta tal como es y, de nuevo, es posible pensar: «Quiero hacer algo útil».

Así, pues, volvamos a lo básico. La tapadera se ha resquebrajado. Es hora de arrancarla, mirar directamente el mecanismo interno y empezar a arreglar las cosas nosotros mismos.

Breve defensa de las artes utilitarias

En las escuelas creamos ambientes de aprendizaje artificiales para nuestros hijos, unos ambientes que ellos saben que son ficticios e indignos de su plena atención y entrega... Sin la oportunidad de aprender a través de las manos, el mundo sigue siendo algo abstracto y distante, y no se despierta la pasión por aprender.

DOUG STOWE, *Wisdom of the hands* (blog),
16 octubre 2006

Tom Hull da clases de soldadura, mecánica, reparación de automóviles, trabajo con chapa metálica y diseño asistido por ordenador en Marshfield High School, en Coos Bay, Oregón. También es presidente de Technology Educators, de Oregón. Preguntado sobre el estado actual de su profesión, dice que muchas escuelas cerraron sus programas de formación profesional en la década de 1990, cuando se produjo un fuerte impulso por aprender informática. A fin de poder adquirir los nuevos ordenadores, se eliminaron las asignaturas optativas. Los talleres eran especialmente atractivos como objetivo: son caros y potencialmente peligrosos. Además, como dice Hull, «no se pueden meter cincuenta alumnos a la vez en un taller, mientras que sí puedes hacerlo en la clase de educación física». En California, desde principios de los ochenta, han desaparecido de los institutos las tres cuartas partes de los

programas taller, según California Industrial and Technology Education Association.¹ En Carolina del Norte, Florida y California hay campañas a favor de resucitar los talleres, pero resulta difícil encontrar personas competentes para dar las clases. «Tenemos una generación de alumnos que pueden contestar preguntas en tests estandarizados, conocen “factoides” [hechos supuestos, aunque falsos], pero no saben hacer nada», según Jim Aschwarden, director ejecutivo de California Agricultural Teacher’s Association.²

Al mismo tiempo, la gente de los oficios manuales no cesa de protestar a voz en cuello de que les resulta imposible encontrar trabajadores. La escasez ha sido asumida, en cierta medida, por las escuelas politécnicas municipales que ofrecen clases de formación profesional. Tom Thompson, del Departamento de Educación de Oregón, dice que hay pruebas fehacientes que señalan que uno de los segmentos de más rápido crecimiento entre el alumnado de los politécnicos son personas que ya tienen un título de cuatro años y vuelven a la escuela para conseguir un oficio que tenga demanda en el mercado. También hay instituciones con fines lucrativos, como el Universal Technical Institute y el Wyoming Technical Institute, que atraen a estudiantes de todo el país. En las dos se gradúa alrededor del 95 por ciento de sus alumnos, y alrededor del 98 por ciento de los que se gradúan encuentran trabajo antes de que pase un año de la graduación.

Hull envía un boletín trimestral a los graduados de sus programas de formación profesional. Es como un almanaque del siglo XIX, una combinación de información útil e indagación intelectual, además de dar ejemplos de superación humana. El boletín incluye consejos prácticos (por ejemplo, maneras ingeniosas de sujetar con abrazaderas un objeto de forma irregular, como preparación para soldarlo), reseñas de libros, digresiones sobre estética e historias de personas que han

triunfado, en las cuales ofrece un esbozo de la carrera de sus antiguos alumnos. Un número reciente hablaba de Kyle Cox, soldador y constructor para Tarheel Aluminum. Hull recuperó el contacto con su ex alumno mientras construía una barcaza totalmente de aluminio para la inmersión de pilones, en los muelles de Charleston. Cox dice que el trabajo cambia de día en día y que eso es lo que le gusta. También le gusta ser «útil al mundo».

Una de las columnas más recientes de Hull hablaba de la secuencia Fibonacci, una serie infinita de números donde el ratio entre pares adyacentes se acerca a un cierto valor, conocido como el número áureo, que se encuentra en toda la naturaleza. Hull escribe: «La secuencia retrata también una característica humana, ya que el ratio no se alcanza de inmediato, sino que se acerca más y más, no mediante una pendiente continua hacia la perfección, sino por *oscilaciones que se corrigen a sí mismas*» en torno al valor ideal. Esto parece captar la clase de autocrítica reiterada, a la luz de algún ideal nunca alcanzado, mediante la cual el artesano avanza en su oficio. Das lo mejor de ti, aprendes de tus errores, y la próxima vez te acercas un poco más a la imagen mental con que empezaste. Está claro que Hull tiene una visión humanista de lo que ahora se llama «Career and Technical Education» [Educación técnica y profesional], y desempeña un papel muy importante en la vida de sus alumnos. Dice que su trabajo como profesor de taller es «el mejor que puedo imaginar».

Muchos educadores encuentran que su trabajo es gratificante. ¿Hay algo en las artes utilitarias en particular que pueda provocar tanta entrega? Porque da la impresión de que Hull está convencido de que encamina a sus alumnos no sólo hacia un medio de ganarse la vida, sino también hacia una visión más amplia de lo que es una buena vida.

Las satisfacciones psíquicas del trabajo manual

Empecé a trabajar como ayudante de electricista antes de cumplir los 14 años. Por aquel entonces, no asistía a la escuela y trabajaba a jornada completa, hasta los 15 años; luego seguí con el oficio durante los veranos, mientras estaba en el instituto y la universidad, asumiendo una responsabilidad cada vez mayor.³ Cuando no pude conseguir un empleo con mi título de física, me alegré de tener algo a lo que recurrir y me puse a trabajar por mi cuenta, en Santa Bárbara.

Nunca dejó de complacerme el momento, al final del trabajo, en que le daba al interruptor. «Y se hizo la luz.» Era una experiencia de capacidad y competencia. Los efectos de mi trabajo eran visibles para todo el mundo, así que mi competencia era real también para otros; tenía un alcance social. A veces, me quedaba mudo ante un grupo de cables que entraban en un gran panel de una instalación industrial, ovillándose en curvas flexibles, con varias desviaciones, que terminaban todas, de alguna manera, en el mismo plano. Eran unos conocimientos tan lejanos de mi capacidad que sentía que estaba en presencia de algún genio, y seguramente, el hombre que había doblado aquellos conductos imaginaba este momento de reconocimiento mientras trabajaba. En tanto que electricista doméstico y comercial, la mayor parte de mi trabajo se desarrollaba en el interior de recintos. Con todo, me sentía orgulloso al cumplir con las exigencias estéticas de una instalación profesional. Tal vez otro electricista vería mi trabajo algún día. Aunque no fuera así, me sentía responsable ante mi lado bueno. Mejor dicho, ante la instalación misma; se dice que el oficio consiste sencillamente en el deseo de hacer algo bien, sólo por hacerlo. Si bien la principal satisfacción es intrínseca y privada en este sentido, a pesar de todo se produce una especie de revelación de uno mismo. Como escribe el filósofo Alexandre Kojève: